

DE TODAS PARTES



Nada resistía á su empuje.

Precio: **10** céntimos

Biblioteca Nacional de España

Núm. **7**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año. 5 ptas.
Un semestre. 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO

Un año. 10 ptas.
Un semestre. 5'50

Año I

Barcelona, 22 de junio de 1907

Núm. 7

Nuestra cubierta

El paso del Beresina.—Antes de abandonar á Osscha, en aquella funesta retirada de Rusia, cometió Napoleón la grave falta, al objeto de deshacerse de aquella inmensa impedimenta que entorpecía la precipitación con que había de verificarse la huida, de quemar la mayor parte de los carruajes y destruir, á pesar de las prudentes observaciones del general de ingenieros Eble, todo el material de puentes. Pero bien pronto hubo de arrepentirse de la funesta ligereza con que procediera.

En grandes errores había incurrido, aquel coloso *fundido para la guerra*, como le califica uno de nuestros mejores poetas, pero ninguno de tan terribles consecuencias como la guerra con España y su entrada en Rusia.

Desde la salida de Moscu todo habían sido desastres para aquel poderoso ejército con que entrara en el territorio moscovita.

El puente de Borisow de que eran dueños los franceses, cayó en poder de los rusos y esta noticia que la conoció Napoleón después de haber destruido su material de pontonería, le hizo comprender las dificultades con que iba á tropezar para llegar á Minsk.

Sin embargo, en aquellos momentos, el general Corbineau que se había separado de Oudinot en el combate de Polotsk, y á quien se creía perdido, presentose en el campo francés é indicó un paso por el cual él y los suyos habían podido franquear el Beresina por cerca de Studianka á unas tres leguas de Borisow.

Napoleón resolvió que se arrojasen dos puentes sobre el río, mientras Oudinot llamaba la atención de los rusos sobre Borisow.

Los generales Chanseloup y Eblé con los 400

pontoneros que habían quedado de los 2000 con que contaba el ejército, se pusieron á la obra trabajando día y noche en medio del agua helada y sin otro alimento que un mal rancho sin sal.

El 24 de noviembre decidió Napoleón pasar el río, pero el 23 por la noche se recibió un parte de Oudinot pidiendo auxilio pues se hallaba comprometido en Borisow.

El emperador envió á Mortier con su división en su socorro y dió orden á Víctor para que con la suya cubriera la retirada del resto del ejército.

Un deshielo que duró dos días, interrumpió los trabajos de los pontoneros, pues el agua arrastraba muchas veces los maderos empleados en la construcción y era menester volver á empezar.

Por fin, el día 26, dióse por terminado uno de los puentes y un escuadrón de la brigada Corbineau pudo cruzar el río por un vado llevando cada jinete un soldado de infantería en las ancas del caballo. Al mismo tiempo la división Dombrowski pasó el Beresina por medio de grandes almadías.

A la una de la tarde, la división Oudinot pudo pasar por el primer puente y entró en fuego con el enemigo.

A las cuatro, Napoleón con su estado mayor y protegido por aquellos veteranos de la guardia que tantos días de gloria habían visto y que á la sazón iban medio desnudos, hambrientos y desesperados, cruzaron aquel río en cuyas aguas quedaron muchos de ellos, porque los rusos apercibidos de aquel paso, iban aproximándose á la orilla opuesta para impedirlo.

Nada resistió á su empuje y Napoleón se encontró, merced á su esfuerzo, al lado opuesto del Beresina.

EL CAMPANERO DE SAN LUIS

Hace algunos años la casualidad me llevó al pueblo de B..., donde existe una iglesia bizantina, digna por todos conceptos de ser visitada.

Me la habían ponderado mucho, y mi amigo, el juez de Instrucción de B..., convertido en mi

—¿Está arriba tu abuelo?

—Sí, señor,—contestó la interrogada.

Y precediéndonos ella, subimos algunos escalones y la vimos entrar por una puerta diciendo:

—¡Abuelo! Deje esa cuerda.

A lo cual contestó otra voz cascada:

—¡Nada! . . ¡Nada!... ¡La campana sin tocar!

Entonces entramos y vimos un viejuelo aca-



cicerone, me acompañó a la iglesia de San Luis, que bajo esta advocación se la distingue, de la San Antonio, que es la otra que hay en la población. Largo rato estuvimos admirando las bellezas arquitectónicas del templo y después me dijo mi amigo:

—Ahora vamos a subir a la torre, donde presenciare usted una cosa curiosísima.

Y dirigiéndose a una joven que había a la entrada de la iglesia, vendiendo medallas y rosarios, la dijo:

tonado, en mangas de camisa, cogido a una cuerda y tirando de ella furiosamente.

Al vernos exclamó:

—¡Nadie!... ¡Nadie vendrá a socorrerle!... ¡La campana no quiere tocar!

Y siguió tirando de la cuerda de un modo desesperado.

Cuando salimos de allí, mi amigo me refirió la siguiente historia. El viejo campanero tenía dos hijos y una hija. El mayor, que era Carlos,

valiente muchacho, hermoso y trabajador, se había enamorado de Adela, hija del conde D..., cuya casa señorial estaba lindando con la iglesia.

Su padre conoció sus amores y trató de quitarle de la cabeza aquella locura, pero Adela, que se había acostumbrado á jugar cuando niña con los hijos del campanero, ya mujer, siguió tratándoles con el mismo afecto.

Carlos encontraba en la afabilidad de Adela

El pobre padre creyó morir de dolor.

—Esa mujer le ha muerto,—decía.

Y concibió un odio tal contra Adela, que ni las exhortaciones de su hija, que hacía poco se había casado, ni las reflexiones de su segundo hijo Tomás, podían calmarle.

Pasaron los años. Y el campanero seguía aborreciendo á Adela, maldiciéndola diariamente por haber causado la muerte de su hijo.



mayor insentivo para su cariño, y su padre le decía siempre que no se hiciera ilusiones, que Adela no le amaría jamás, y que de continuar de aquel modo, le sucedería alguna desgracia.

Y así sucedió. Un día se esparció por el pueblo la noticia de que Adela se casaba con el barón de M..., su vecino.

Carlos no dijo una palabra, pero el mismo día que el casamiento tuvo lugar, Carlos se pegó un tiro á la puerta de la iglesia.

Tomás entró de jardinero en casa del barón de M..., y éste le profesaba tanto afecto, que le dió habitación en su casa, y cuando tenía que ausentarse de ella, encargaba al campanero que se quedara con su hijo, al cuidado de la casa.

En uno de estos viajes, una noche el campanero, recorriendo la casa mientras su hijo Tomás dormía, creyó percibir olor á quemado, se levantó sin hacer ruido, empezó á recorrer habitaciones, y de pronto, parecióle distinguir,

al final de un corredor que comunicaba con las habitaciones de Adela, una gran humareda.

—¡Fuego en la habitación de la señora!— murmuró.—¡Que se abra!—añadió.—¡Por ella murió mi Carlos!

Pero en aquel momento, llegó Tomás despa-
vorido, que vió donde era el fuego, y que al
tropezar con su padre, le dijo:

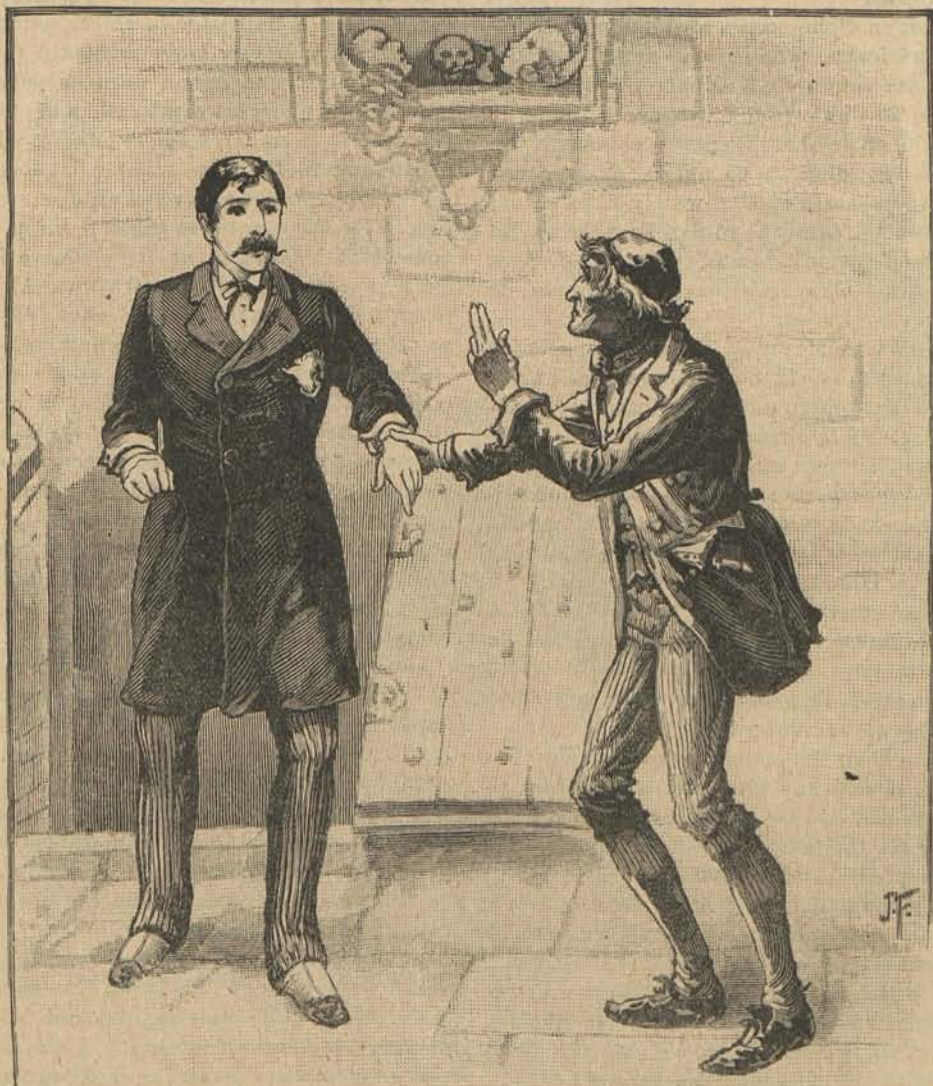
—¡Padre! Vaya usted á tocar á fuego, mientras

fueron las quemaduras que recibió que, dos días
después, murió á consecuencia de ellas.

El barón llegó á su casa, el siguiente día, al
tener noticia de lo ocurrido.

El campanero, teniéndole cogida la mano, le
condujo á la habitación que tenía en la torre
donde estaba muriendo su pobre hijo Tomás.

—¡Los dos, señor! ¡Los dos,—le dijo,—han
muerto por ella! ¡Maldita sea!



yo despierto á las criadas y salvo á la señora.

Y el muchacho quiso lanzarse hacia las habi-
taciones de Adela.

Pero su padre trató de detenerle, hasta que el
joven dando voces de ¡fuego! le rechazó, dicién-
dole que fuera á la iglesia á tocar la campana.

Cuando esta sonó, casi todas las habitaciones
de Adela, habían sido destruidas por el fuego.

Tomás consiguió salvar á la señora, pero tales

Y el pobre viejo se volvió loco.

Pero su locura consistía en querer tocar la
campana para pedir auxilio, y hubo necesidad
de quitar las cuerdas de las campanas y asegu-
rarlas á unas argollas de hierro, para que no se
alarmase á cada momento la población.

Y como no percibía el sonido de las campa-
nas, se desesperaba, y á cada momento estaba
cogiendo la cuerda.

EN LAS CATARATAS DEL SAN LORENZO

»El 22 de abril de 1810 me embarqué con varios amigos en una goleta que salió de Fuerte Jorge, ó ciudad del Niágara, en el Canadá Superior, y á los dos días cruzamos el Lago Ontario, en dirección á Kingston, á la cabeza del río San Lorenzo, distante del Niágara unas doscientas millas.

»Una vez en dicho punto, alquilamos una balandra americana, barca grande de fondo plano, para que nos condujese á Montreal, á más de 200 millas de distancia; y después salimos de Kingston el 28 de abril, llegando el mismo día á Osdemburgo, distante 65 millas. A la noche siguiente estábamos en Cornwall y al otro día en la Punta del Lago (Lago San Francisco). En este punto dejamos nuestra embarcación para trasladarnos á otra, que iba muy cargada de pasajeros y equipajes.

»Más arriba de Montreal, y en el espacio de unas 100 millas, el río San Lorenzo está interrumpido en su curso por varias cataratas, debiéndose estas á la circunstancia de que la corriente se encierra en canales comparativamente estrechos y pedregosos de muy poca profundidad. A través de ellos precipitase con mucha fuerza y estrépito, y las aguas se ven agitadas como las del Océano durante la tempestad.]

»Muchas personas prefieren esas cataratas á las del Niágara á causa de la grandiosidad de su aspecto pues algunas tienen desde media milla á nueve de longitud, y para franquearlas necesitanse entendidos pilotos.

»El 30 de abril llegamos al pueblo de los Cedros, bajo el cual hay tres series de cataratas muy peligrosas, las de los Cedros, las de la Roca Partida y las Cascadas, distantes una de otra una milla poco más ó menos.

»En la mañana del 1.º de mayo salimos de los Cedros; la embarcación era muy profunda, y con frecuencia hacia agua; pero el capitán hombre brusco y muy atrevido, no quiso tomar piloto. Después de haber franqueado la catarata de los Cedros, no sin peligro, el capitán pidió ron, jurando y renegando como un carretero y sosteniendo al mismo tiempo que nadie podría manejar la embarcación mejor que él. Poco después, llegamos á las cataratas de la Roca Partida, tomando equivocadamente un canal en vez de otro, y nos encontramos avanzando con vertiginosa rapidez hacia un espantoso precipicio líquido cuyo solo aspecto infundía pavor.

»La embarcación tocó ligeramente contra la roca, y la cascada era tan considerable, que su incesante movimiento dificultaba casi nuestra respiración. Aquí recogimos mucha agua, que

fué desalojada muy pronto antes de llegar á lo que los canadienses llaman la *Grande Bouillie*, ó Gran Hervidero. Al acercarnos á este sitio, el capitán soltó el timón diciendo:

»—¡Vamos allá! ¡Aquí llenaremos!

»La embarcación se precipitó acto continuo en medio de inmensas rompientes, cayendo sobre nosotros el agua de tal modo que arrastró tablas, remos y drizas.

»Solamente había transcurrido medio minuto entre esto y la bajada de la embarcación, llena de agua; pero en este breve momento tuve suficiente presencia de ánimo para despojarme de mis tres levitas, y me estaba aflojando los tirantes, cuando la embarcación se hundió, y halléme flotando en medio de personas y bagajes.

»Cada hombre se agarró de alguna cosa; pero uno de los tripulantes se cogió á mí y mantúvome dentro del agua, si bien, contrariamente á mis esperanzas, soltóme otra vez. Al salir á la superficie, agarreme á un tronco, en el cual trataban de salvarse otros dos hombres.

»Precisamente en este sitio, donde terminan las cataratas de la Roca Partida, la orilla del río está bien habitada, y pudimos ver allí mujeres que corrían de un lado á otro, poseídas al parecer de la mayor agitación. Pocos momentos después, vimos una canoa que se dirigía hacia nosotros y que recogió tres hombres que se hallaban junto á la embarcación, en aquel momento de quilla al sol, y, como ya se comprenderá, completamente vacía.

»Los tres hombres desembarcaron en una isleta, y después la canoa volvió de nuevo, avanzando hacia el sitio donde yo flotaba con mis dos compañeros, cogidos todos tres á un tronco; pero atemorizados por la inmediatez de las Cascadas, hacia las cuales derivábamos, los tripulantes que montaban la ligera embarcación viraron de bordo para volver á la orilla, á pesar de mis ruegos en francés y en inglés para que nos prestaran auxilio.

»Abandonados así á nosotros mismos, no podíamos esperar sino la muerte. Uno de mis compañeros, no pudiendo cogerse bien al tronco, sumergíase á cada momento, y á fin de evitar que su mano me sujetara, solté mi punto de apoyo, y, juntamente con el otro hombre, pude cogerme del botalón de la barca naufragada, que con su aparejo se había desprendido del mástil para poder cargar mejor. Apenas había tenido tiempo de agarrarme á este nuevo apoyo, cuando fuimos arrastrados á las mismas Cascadas.

»En un momento quedé sepultado, y faltóme casi la respiración. Al salir á la superficie, ví que una de mis manos estaba cogida aún al botalón, mientras que mi compañero se agarraba

á una parte del aparejo. De esta manera derivamos algún tiempo, cuando de pronto fijé la atención en el barco náufrago, que nos había seguido y flotaba con el fondo hacia arriba, muy cerca de mí. Entonces abandoné mi punto de apoyo, y haciendo un poderoso esfuerzo pude alcanzar la barca, á la cual me agarré introduciendo los dedos en una abertura, pues la violencia de las aguas habíala destrozado en parte.

»Durante largo rato me contenté con esto, sin atreverme á intentar otra cosa; pero, al fin, conseguí colocarme en el centro de la barca, y desde allí llamé á mi compañero, que aun seguía

segua esforzándose para no soltar mi agarra-
dero, tal era el estado á que me había reducido el frío, que llegué á desear la muerte, habiendo ya tenido intención de renunciar á la lucha, por considerarla ya inútil.

»Jamás había recorrido antes el San Lorenzo, pero no ignoraba que había otras cataratas más allá, tal vez otra serie de las Cascadas, y, sobre todo, lo que llaman las Cataratas Chinas, cuya situación no conocía. Solamente pensaba que acabarían conmigo, y había renunciado ya, por lo tanto, á toda esperanza.

»El accidente había ocurrido á las ocho de la



mañana. En el transcurso de algunas horas, á medida que el día avanzaba, el sol comenzó á calentar mucho, el viento sopló del S. y las aguas se tranquilizaron. Gracias á esto, pude arrodillarme y encontréme en el pequeño lago de San Luis, cuya anchura es de tres á cinco millas. Con gran dificultad pude ponerme en pie, y convencíme pronto, por los

cogido al resto del aparejo. Víle mover la cabeza, y cuando las ondas me permitieron mirar de nuevo hacia donde estaba, observé que había desaparecido.

»Las Cascadas son una especie de cataratas de rápido descenso, cuyas aguas caen en el río, tocando primero en un canal pedregoso. En el espacio de dos millas más abajo, la corriente que va por el canal muge de continuo, produciendo un estrépito semejante al de la tempestad en el mar; y más de una vez fui casi arrancado de la embarcación por las ondas que se agitaban á mi alrededor.

»Ya no tenía esperanza de escapar, y aunque

calambres y los espasmos, que no me sería posible nadar ni poco ni mucho. En aquel momento hallábame á dos millas de las márgenes del río.

»Ahora avanzaba, con el viento y la corriente, á una muerte inevitable: el frío, el hambre y la fatiga obligáronme á sentarme para reposar un poco; más al cabo de un rato, una circunstancia extraordinaria me alivió mucho.

»Después de tratar inútilmente de impeler el barco náufrago hacia la orilla, y habiendo hecho todas las señales posibles, agitando el chaleco y el pañuelo para que me vieran las diversas personas que por allí pasaban, parecióme que entraba en alguna bahía, pero pronto reconocí que

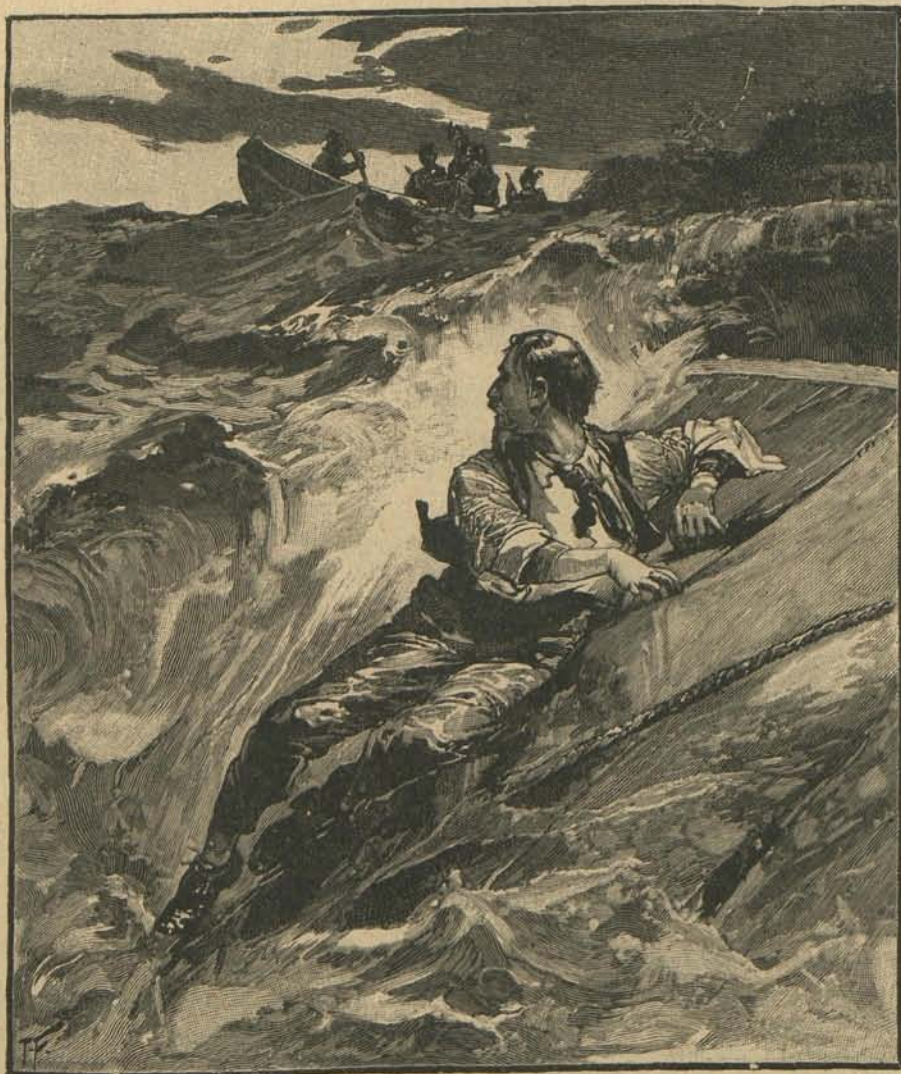
era la terminación del lago y el principio del río, cuya corriente me arrastraba con mucha rapidez. Pasé por varias islas deshabitadas, pero las orillas del río estaban cubiertas de casas.

»La distancia era demasiado considerable, y la velocidad con que avanzaba me hizo comprender que estaba muy cerca de las temibles Cascadas de la China. La noche se acercaba y mi última hora parecía próxima, más esto no

de remos hacia mí. La embarcación era muy pequeña, y como tenía el fondo del casco pintado de blanco, figuróseme al principio que era una gallinácea, pues mis facultades estaban trastornadas.

»Fui recogido por el capitán Johnstone después de estar diez horas en el agua.

»Poco después me encontraba en el pueblo de La China, 21 millas más abajo del punto donde



me impresionó mucho, porque la idea de la muerte no tenía ya novedad para mí, y habíame familiarizado con ella. Al ver que todas mis señales eran inútiles, proferí un ruidoso grito, suponiendo que se oiría; á pesar de la distancia.

»El viento me favoreció, y el sonido hubo de llegar, sin duda, á los oídos de algunas personas que había cerca de la orilla, aunque la distancia era considerable.

»Júzguese cuál sería mi alborozo cuando, al fin, vi un bote cuyos tripulantes hacían fuerza

ocurrió el percance, habiendo recorrido por las sinuosidades de la corriente mucha mayor distancia. Mis únicas lesiones reducíanse á una magulladura en las rodillas y otra en el pecho, con un ligero resfriado.

»De los ocho hombres de nuestra partida que pasaron por las Cascadas, solamente yo me salvé, y no era posible que ninguno escapara de la muerte sin las favorables circunstancias que me libraron. Los otros tripulantes se ahogaron, sin duda, antes de llegar á las Cascadas.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

Nuestros enemigos estaban disputando en la cubierta, y en voz tan alta que pude oír dos ó tres palabras.

—Ha sido Shuan,—decía uno

—Pues ya ha pagado el pato,—contestó el otro.

Después las voces bajaron de tono, y sólo oí una, al parecer de alguien que indicaba lo que debía hacerse, pues las otras contestaron brevemente, como aprobando el plan. Por esto comprendí que iban á volver á la carga, y así se lo dije al caballero.

—Es lo mejor,—contestó Alan,—pues hasta que nos tengan miedo no acabaremos ni será posible dormir; y me parece que esta vez será la lucha más encarnizada.

Mis pistolas estaban preparadas, y nada temíamos que hacer por de pronto sino escuchar y esperar. Mientras duró la primera escaramuza no tuve tiempo de pensar en si estaba asustado ó no; pero, una vez restablecido el silencio, comencé á darme cuenta de la situación. De repente oí pasos de hombres que se acercaban á la cámara, y pude comprender que tomaban posición en la oscuridad.

El rumor se oía por la parte donde estaba Alan; y ya comenzaba á creer que en cuanto á mí habría terminado la lucha, cuando de pronto oí un pequeño ruido sobre el techo de la cámara.

Un hombre apareció, cuchillo en mano, junto á la puerta. Al mismo tiempo los vidrios de la claraboya cayeron hechos pedazos y se deslizó por ella un marinero, resbalando. Antes de que se pusiera en pie apunté una pistola, y habría podido disparar á boca de jarro; pero repugnábame matarle así, y me faltó aliento para soltar el gatillo.

El hombre, que había dejado caer su puñal, levantóse con rápido movimiento y quiso cogerlo, profiriendo una blasfemia; mas esto me hizo volver en mí é hice fuego. Sin duda le herí gravemente, pues dejó escapar un grito horrible. En el mismo instante, sintiéndome que me tocaban los pies de otro individuo que iba á descolgarse, hice fuego por segunda vez y mi víctima cayó junto á su compañero. Después seguí disparando tiros á través de la claraboya sin apuntar á nadie; pero, como oyera de pronto un

grito del caballero pidiendo al parecer auxilio, corrí presuroso hacia él.

Alan seguía defendiendo intrépidamente el paso de la puerta; pero uno de los hombres se había deslizado por debajo de su espada, cogiéndose después á su cuerpo. El caballero trataba de rechazarle con la mano izquierda, pero entretanto habíase acercado otro hombre y tenía su puñal levantado. Creí que estábamos perdidos; mas, cogiendo mi navaja, precipitéme contra aquellos hombres.

Sin embargo, no tuve tiempo de prestar auxilio, porque Alan, desprendiéndose al fin de su antagonista, retrocedió algunos pasos para tomar distancia y cayó sobre sus enemigos con irresistible ímpetu. Todos retrocedían ante él, empujándose unos á otros en su afán por huir. La espada del caballero, girando rápidamente en sus manos, brillaba como el rayo destructor, y á cada uno de sus golpes oíase un lamento. Aun creía yo que estábamos perdidos, cuando vi al caballero persiguiendo á sus adversarios por la cubierta como si fueran una manada de carneros.

Sin embargo, volvió muy pronto á su puesto, porque era tan prudente como intrépido; y entretanto los marineros seguían corriendo y gritando como si aun se les persiguiera.

La cámara parecía un campo de batalla: en el interior había tres hombres muertos, otro estaba moribundo en el umbral de la puerta, y ni Alan ni yo teníamos un solo rasguño.

El caballero se adelantó hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Permitidme que os abraze, David!—exclamó.—Os amaré como á un hermano, y desde este momento os considero como tal.

Dicho esto, acercóse á nuestros cuatro enemigos, los atravesó con su espada, y empujólos fuera de la puerta uno tras otro, silbando y cantando con la mayor tranquilidad, como si nada hubiera sucedido. Con el rostro encendido y los ojos brillantes, sentóse sobre la mesa, espada en mano, y entonó una canción, especie de himno con que celebraba nuestra victoria.

Shuan y otros cinco hombres habían muerto: dos de ellos por mi mano y otros cuatro que también herí; de modo que había contribuido por mucho á conseguir el triunfo.

Sin embargo, tenía tan oprimido el corazón que apenas podía respirar. Perseguíame la imagen de los hombres que había muerto ó herido, y de pronto, sin poder contenerme, comencé á sollozar y á llorar como un niño.

Alan se me acercó, púsome la mano sobre un hombro, y díjome que era preciso pensar en dormir.

—Yo seré el primero en hacer guardia,—dijo.

—Te has portado muy bien conmigo, y no quisiera perderte por nada de este mundo.

Dicho esto, él mismo preparó mi cama, empuñó una pistola, colocóse la espada sobre las rodillas, y vigiló por espacio de tres horas. Al cabo de este tiempo despertóme y ocupé su lugar. Ya era de día, comenzaba á llover, y el agua sirvió para lavar el suelo de la cámara, cubierta de sangre. Mientras yo estuve de guardia no percibí ningún ruido, y pude comprender

grandes colinas pedregosas de Skye á la derecha, y un poco más lejos la extraña isla de Rum.

XI

EL CAPITÁN DE RODILLAS

Alan y yo nos sentamos á la mesa para almorzar. El suelo estaba cubierto de vidrios rotos y

de manchas de sangre, cuyo solo aspecto me hizo perder el apetito; pero, por todo lo demás, nuestra situación no era desagradable, pues siendo dueños de la cámara, donde se guardaban el vino y los licores, y habiendo además suficientes víveres, podíamos arreglarnos asaz bien. Esto era bastante para ponernos de buen humor; pero lo mejor del caso era que los dos hombres más bebedores que jamás salieran de Escocia (habiendo muerto el Sr. Shuan), se veían en aquel momento condenados á humedecerse las fauces con lo que más aborrecían, es decir, con agua fresca.

—No dudéis,—me dijo Alan,—que muy pronto tendremos algo más que ver con esa gente. Nuestros hombres podrán abstenerse de la lucha, pero no de la botella.

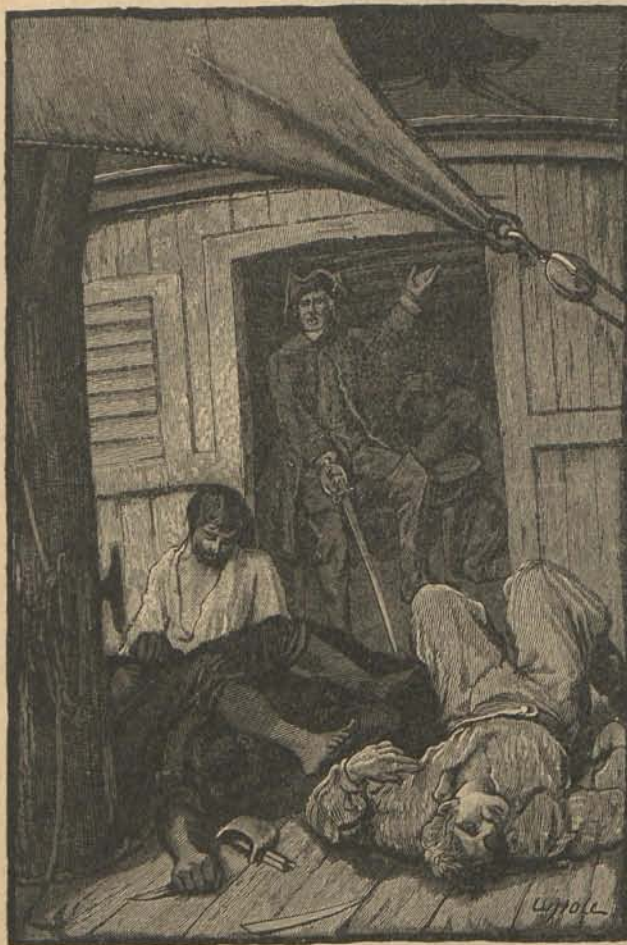
Estábamos muy satisfechos uno de otro. Alan, que tenía una conversación muy amena, quiso darme alguna prueba de su amistad, y cogiendo un cuchillo de la mesa, cortó uno de los botones de plata de su levita.

—Son un recuerdo de mi padre, Duncan Stewart,—dijome Alan,—y ahora voy á daros uno para que lo conservéis como memoria mía. Donde quiera que vayáis y enseñéis este botón, los amigos de Alan Breck estarán con vos.

El caballero dijo esto como si hubiera sido Carlomagno, cuando mandaba ejércitos, y aunque admiraba su valor, siempre estaba en peligro de reirme al ver cuánta era su vanidad. Digo peligro, porque si no me hubiese mantenido grave, habría podido temer una enojosa disputa.

Cuando hubimos concluido de almorzar, el caballero fué á revolver la alacena del capitán para buscar un cepillo, y cuando lo hubo encontrado, despojóse de la casaca y comenzó á limpiarla con un cuidado y paciencia de que yo no hubiera creído capaz más que á una mujer. Seguramente no tenía otra, y además, siendo la casaca de un rey, debía conservarse muy limpia.

Y cuando vi con qué cuidado sacaba los hilos



... sentóse sobre la mesa, espada en mano, y entonó una canción...

que ni siquiera había un hombre en el timón. Según supe después, contábanse tantos muertos é inútiles, y los demás estaban tan desanimados, que Riach y el capitán debían hacer guardia relevándose como Alan y yo, pues de lo contrario el buque se hubiera ido á pique. Fué una suerte que amainara el viento á pesar de la lluvia; pero aun así, y á juzgar por el gran número de gaviotas que revoloteaban alrededor del barco, era preciso que éste hubiese derivado hacia la costa ó una de las islas Hébridas. Al fin, mirando por la puerta de la cámara, vi las

en el sitio del botón arrancado, apreció en más el regalo de Alan.

Cuando más ocupado estaba mi compañero en su trabajo, oímos de pronto la voz de Riach que nos hablaba desde cubierta solicitando parlamentar. Al oírle me encaramé hasta la claraboya, sentéme en el borde, y, pistola en mano y con expresión amenazadora, dile la voz de *¡Alto!* intimándole á decir pronto qué se le ofrecía. Riach saltó á un rollo de cuerdas para que se le oyera mejor, y durante un momento nos miramos sin pronunciar palabra. No creo que Riach hubiese tomado mucha parte en la refriega; mas parecía abatido y fatigado, sin duda por haber estado en pie toda la noche, bien de vigilancia ó bien para curar á los heridos.

—Todo esto es un mal negocio,—dijo al fin, moviendo la cabeza.

—No tenemos nosotros la culpa,—contesté.

—El capitán,—añadió Riach,—desea hablar con vuestro amigo: podrán hacerlo por la ventana.

—Y ¿cómo podemos saber,—repuse,—qué nueva traición ha fraguado?

—No intenta nada,—replicó Riach,—ni tampoco puede, pues os juro que no tenemos ya quien nos ayude.

—¿Es verdad eso?

—Aun hay más: hasta yo mismo estoy herido, y lo único que deseamos es salir cuanto antes de esta situación.

Consulté con Alan, y éste aceptó el parlamento, dándose los dos hombres palabra de proceder lealmente. Pero otra cosa quería también Riach: rogóme tan reiteradamente que le diera un poco de bebida, y me recordó de tal modo sus bondades para conmigo, que al fin accedí á darle una botella de aguardiente. Bebió una regular cantidad del contenido y se llevó el resto, sin duda para compartirlo con el capitán.

Poco después llegó Hoseason, según lo convenido, y acercóse á una de las ventanas, permaneciendo allí á pesar de la lluvia. Estaba grave y pálido, y parecía tan envejecido que me remordió la conciencia haber hecho fuego contra él.

Lo primero que hizo Alan fué apuntarle una pistola.

—Dejaos de amenazas,—dijo el capitán.—¿No os he dado ya mi palabra, caballero? ¿Tratáis de insultarme hasta el fin?

—Capitán,—contestó mi protector,—dudo mucho de vuestra palabra, pues anoche me la disteis también; estrechándome además la mano en prueba de lealtad, y harto sabéis lo que tramabais. ¡El diablo cargue con ella!

—Vamos,—dijo el capitán,—no reneguéis, pues nada se adelanta con esto (á decir verdad,

Hoseason no blasfemaba nunca), y tenemos otras cosas de que hablar,—añadió con acento de amargura.—Habéis hecho una matanza en mi bergantín, y no me quedan brazos suficientes para maniobrar. Mi primer piloto ha muerto á vuestras manos, y ahora no tengo más remedio que ir á Glasgow en busca de auxiliares. Allí encontraréis, sin duda, algunos que os harán entender la razón mejor que los otros.

—Mucho me alegraré,—contestó Alan,—pues así me será dado referirles un lance curioso. ¡Quince lobos de mar contra un hombre y un muchacho! ¡Qué vergüenza!

Las mejillas del capitán se enrojecieron súbitamente.

—No,—continuó Alan,—deberéis desembarcarme tal como convenimos.

—Bien sabéis,—repuso el capitán,—que mi piloto ha muerto: de los que han quedado ninguno conoce esta costa, y debo advertiros que es muy peligrosa para los buques.

—Podéis elegir,—dijo Alan;—desembarcadme en Appin, Ardgour, en Morven, ó en Morar, ó, en fin, en el punto que gustéis con tal que no se halle á más de 30 millas de mi país, exceptuando el territorio de los Campbell. Si no podéis hacerlo así, resultaréis ser tan pobre marino como mal guerrero. Hasta los más humildes pescadores de mi país van en sus pobres barcas de una isla á otra, esté la mar como quiera y aunque sea de noche.

—Una barca no es un buque, caballero,—dijo el capitán.

—Pues bien, vamos á Glasgow: allí podréis reiros un poco.

—No estoy ahora para pensar en tal cosa: lo que debo deciros es que esto costará dinero.

—Perfectamente,—contestó Alan.—Por fortuna no estoy desplumado: 30 guineas si me dejáis en la orilla, y 60 si me conducís á Linnhe.

—Pero ved que estamos á pocas horas de Ardamunchaw, caballero: dadme 60 libras y os dejaré allí.

—¡Sí, para verme expuesto á caer en manos de los de la casaca roja!—exclamó Alan.—Nada de eso: si queréis 60 guineas, ganadlas dejándome en mi país.

—Esto es exponerme á perder el buque, y también vuestras vidas.

—Tomadlo ó dejadlo.

—¿Podrías servirnos de piloto?—preguntó el capitán frunciendo el ceño.

—Mucho lo dudo: soy más á propósito para guerrero que para marino, según os he demostrado; pero he desembarcado á menudo en esta costa y la conozco un poco.

—Si hubiese perdido menos dinero en este viaje, mejor os vería colgado de una entena que

exponerme á perder mi barco; pero sea como gustéis: apenas sople un poco de viento, lo aprovecharé. Pero aun hay otra cosa: es posible que encontremos en el camino algún buque del rey y que nos hagan una visita sin poder yo evitarlo, tanto más cuanto que por aquí cruzan muchos en busca de lo que sabéis. Ahora bien: si esto sucediera, podríais dejarme el dinero.

—Capitán, si encontramos uno de esos cruceros, á vos os toca ponerlos en salvo. Y, hablando de otra cosa, como sé que estáis mal de aguar-diente, os daré una botella á cambio de dos cubos de agua.

Esta fué la última cláusula del tratado, que se cumplió por ambas partes; de modo que Alan y yo pudimos limpiar bien la cámara, borrando hasta el último vestigio de la sangre vertida, mientras que el capitán y Riach pudieron ser felices otra vez á su manera, es decir, empuñando el codo.

XII

OIGO HABLAR DEL «ZORRO COLORADO»

Antes que hubiéramos acabado de limpiar la cámara, comenzó á soplar un viento fresco que dispersó muy pronto la lluvia, permitiendo al sol iluminarnos al fin.

Aquí conviene dar una explicación, y para comprenderla mejor, el lector debería consultar un mapa. El día en que sobrevino la niebla y pasamos por ojo el bote de Alan, seguimos nuestra derrota por aguas á través del Minch menor; y el día después de la refriega, á primera hora, estábamos encalmados al este de la isla de Canna, ó sea entre ésta y la isla Eriska en la cadena de las islas Largas. Ahora bien: para ir desde aquí á Linnhe, la vía recta era á través de los estrechos de Mull; pero el capitán no tenía la carta hidrográfica y temía comprometer el buque si avanzaba demasiado entre las islas; así es que, como el viento era favorable, prefirió enderezar el rumbo por el oeste de Tiree para llegar á la costa sur de la grande isla de Mull.

La brisa refrescaba cada vez más, y llegada la tarde, la mar comenzó á picarse alrededor de las Hébridas. Para costear éstas debíamos dirigirnos por el oeste; de modo que al principio tuvimos una mar muy gruesa, pero al anochecer, cuando doblamos la punta de Tiree, haciendo rumbo más al oeste, la navegación fue más fácil.

La primera parte del día fué muy agradable, pues el sol brillaba en todo su esplendor y veíamos en diferentes partes islas montañosas. Alan y yo estábamos sentados en la cámara,

con todas las puertas abiertas, y fumábamos el mejor tabaco del capitán. En aquel momento fué cuando nos referimos nuestras historias respectivas, lo cual me importaba mucho para adquirir algún conocimiento sobre la tierra alta de Escocia, donde tan pronto debía desembarcar.

Yo fui quien dió el ejemplo refiriendo á Alan mis desgracias, escuchándome con mucha bondad y atención; pero cuando le hablé de mi buen amigo el Sr. Campbell, profirió una exclamación, diciendo que odiaba á todos los que llevaban este nombre.

—Pues yo creo,—contesté,—que os agradaría dar la mano á ese hombre.

—Lo único que yo le daría á cualquiera de esa familia es una bala de plomo: los cazaría á todos como si fueran gallos silvestres; y si estuviese moribundo, haría un esfuerzo para incorporarme y matar al que tuviese más cerca.

—Y ¿por qué odiáis tanto á los Campbell?—pregunté yo.

—Fácil es comprenderlo: yo pertenezco á la familia Appin Stewart, y los Campbell han perseguido y arruinado implacablemente á los que llevan mi nombre; pero siempre á traición y nunca espada en mano (al decir esto descargó un puñetazo en la mesa). Si en otro tiempo no hice caso de lo que se decía contra ellos, fué porque sé que los vencidos tienen siempre censuras para los vencedores; pero ahora conozco bien sus mañas y sus intrigas.

—Sin embargo,—dije yo,—os creo demasiado noble para aborrecer, y también harto generoso, puesto que regaláis vuestros botones de plata.

—¡Ah! ¡Sí!—repuso Alan sonriendo.—Tengo el carácter de mi pobre padre, Duncan Stewart. Era el hombre más gallardo de la familia y la mejor espada de Escocia, David, que es lo mismo que decir del mundo entero. El rey quiso ver cómo tiraba, y para complacerle, mi padre marchó á Londres con otros tres caballeros escogidos. Se les recibió perfectamente en palacio, donde se verificó, á presencia del rey Jorge y de la reina Carolina, un asalto de armas que duró dos horas, habiendo asistido muchos caballeros cuyo nombres no recuerdo ya. Cuando se hubo terminado, el monarca hizo muchos elogios de mi padre y sus amigos, y dióles tres guineas á cada uno; pero al salir de palacio, y como fuese preciso pasar por delante de un portero, Duncan, queriendo darle á conocer su calidad, regalóle las tres monedas de oro recibidas del rey, imitando el ejemplo sus compañeros; de modo que salieron á la calle sin un penique por su fatiga. Sólo dejó probado que nadie igualaba á Duncan Stewart en manejar el sable ó la pistola.

(Se continuará).

El último bandido

Al llegar, hace bastantes años, á Civita-Vecchia, entré en una posada y me senté á la mesa, donde todos nos pusimos á hablar para entretener la gana. Veinte veces pedí un plato cualquiera en todos los idiomas posibles, sin que me sirviesen nada en ninguno. Por fin, se presentó el posadero y me dijo que todas las provisiones habían sido consumidas por quince familias inglesas que tenían invadida la casa. Pedíle habitación y cama: el último lecho disponible acababa de ser tomado por un almirante.

—Entonces me voy á pasear por la ciudad,—dije al posadero.—¿Qué hay que ver de bueno en Civita-Vecchia?

—Nada absolutamente; á menos que obtengáis permiso para visitar la ciudadela. Allí veréis al famoso Antonio Gasperoni, el bandido de Terracina y de las lagunas Pontinas.

—¿Por qué no lo decíais antes? ¿A quién es preciso dirigirse para obtener el permiso?

—Id á ver á vuestro cónsul y él os lo facilitará.

En efecto: por dicho medio obtuve en seguida una tarjeta de entrada y un oficial del papa para acompañarme.

La ciudadela de Civita-Vecchia fué edificada por Miguel Angel (que también era ingeniero, porque lo era todo), y es del mismo estilo que sus frescos y sus estatuas; lleva su firma en todas las piedras. Está formada por bastiones ampliamente asentados y bastante poderosos para dominar el mar: verdaderas murallas de diamante. La ciudadela se defiende por sí misma; no tiene ni soldados, ni cañones, y no opone á los enemigos más que el escudo pontificio incrustado sobre la puerta, el cual hace veces de batería y de guarnición. A la vez que andábamos, el oficial que me acompañaba hablábame así, de Antonio Gasperoni y de sus cuarenta y cinco asesinatos.

—Hay para estremecerse al estar en presencia del terrible bandido, que durante diez y siete años ha asolado la campiña romana. Oid el más espantoso de sus crímenes. En el camino de Nápoles detuvo la silla de postas de un inglés que viajaba con su hija; apoderóse de todo el

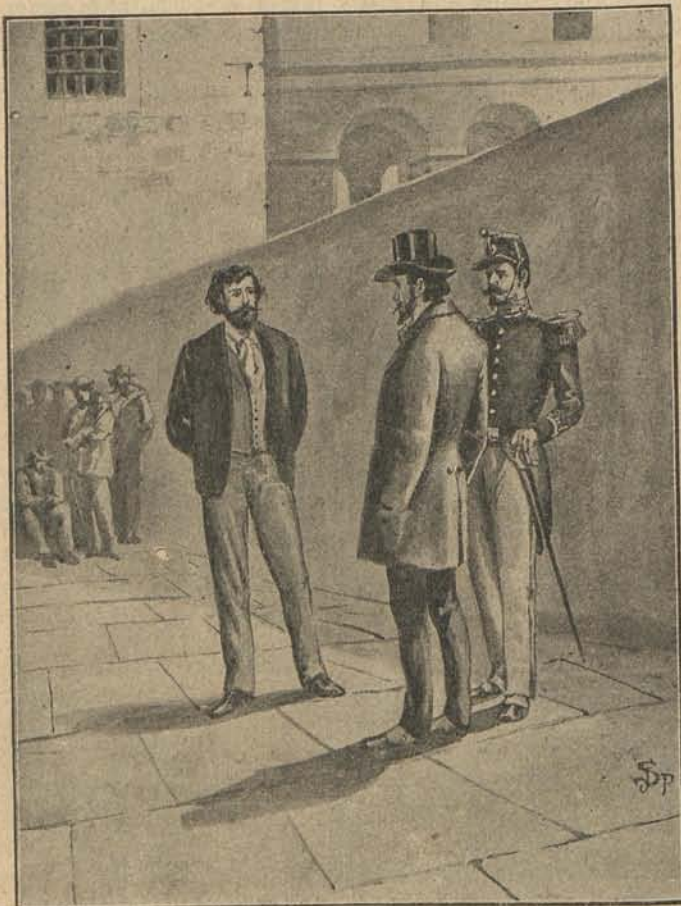
oro de aquél y dejóle marchar sin hacerle daño alguno; pero se quedó con la hija, que era una joven hermosísima, á la cual se llevó á sus montañas. El desgraciado padre, al llegar á Roma puso á precio la cabeza del bandido. El orgullo de Gasperoni se sublevó ante la idea de que un simple ciudadano inglés se permitiese poner precio á la cabeza de un jefe ilustre, que había declarado guerra á los papas y librado veinte batallas contra los dragones pontificios: aquello era una insolencia que hería el orgullo del mi



serable. Una mañana, el inglés recibió en Roma una caja dirigida á él; apresuróse á abrirla... ¡Y el desgraciado padre halló dentro la cabeza de su hija!

Al oír este desenlace, retrocedí dos pasos y hasta sentí haber entrado en la ciudadela. El monumento de Miguel Angel no era ya á mis ojos sino una jaula de tigres. Sin embargo, la curiosidad venció mis impresiones de horror é hiceme abrir la puerta del departamento destinado á cárcel. A mi izquierda había un muro con veinte tragaluces; á la derecha una galería que daba sobre un patio, y en ella se paseaban una veintena de bandidos que se pararon al

verme entrar. No pude menos de sonreír á la idea de que había detenido así á la cuadrilla de Gasperoni. Me saludaron cortesmente, lo cual me tranquilizó un poco, pues no me encontraba muy á gusto entre prisioneros tan temibles. Apresuréme á preguntar por Antonio Gaspero-



ni, y todas las manos me lo señalaron. El no se dignó adelantarse hacia mí, y contentóse con saludarme con aire de bondadosa tranquilidad. Entablé la conversación con una pregunta insignificante y procurando dar más tranquilidad á mi voz de la que tenía mi corazón.

—Gasperoni, — le dije, — ¿os encontráis bien aquí?

—Siempre se está mal cuando no se es libre, — me contestó encogiéndose de hombros.

Este era un movimiento habitual en él.

—De modo que ¿os dejásteis coger por los dragones?

—¡Yo! ¡Nadie hubiera sido capaz de cogerme! Me entregué yo con mi gente. El Santo Padre me había prometido la libertad, y sólo me ha dejado la vida. Ha faltado á su palabra.

El oficial, mi *cicerone*, me llevó aparte, á un ángulo de la galería, y me dijo:

—Voy á explicaros lo que hay respecto al caso. Gasperoni estaba aburrido de la vida que llevaba desde hacía quince años. Un día fué á confesarse con un cura de su pueblo y le manifestó su deseo de abandonar el oficio de bandido. El sacerdote le prometió escribir al Santo

Padre para que le concediese el indulto y el derecho á volver á entrar en la sociedad. Gasperoni puso por condición expresa que se había de comprender en la gracia pedida para él á todos sus compañeros. Entabláronse las negociaciones. Nuestro gobierno tenía un gran interés en verse libre de aquellos bandidos, que desolaban el camino de Nápoles, asesinaban á los viajeros, sacaban contribuciones y cometían mil excesos. Si se mandaban contra ellos soldados, éstos trincaban con los bandidos en vez de combatirlos. Los campesinos se ponían de parte de los malhechores, porque siempre recibían de ellos una pequeña parte del botín robado á los viajeros. Unicamente los dragones pontificios no entendían de bromas; pero las montañas servían de abrigo á los brigantes contra los temibles jinetes. Por eso no se vaciló en entrar en tratos con Gasperoni por mediación del cura, y hé aquí la decisión que se comunicó al jefe de la cuadrilla por su confesor. «El Santo Padre concede la vida al bandido Gasperoni; que el pecador Gasperoni se apresure á hacer un acto de sumisión cristiana y

todo le será perdonado; pero antes es preciso que se constituya prisionero con toda su cuadrilla en la ciudadela de Civita Vecchia.» En ello, como veis, no hay el compromiso de concederle una libertad que hubiera sido un verdadero escándalo. Gasperoni vaciló largo tiempo; el cura hizo uso de su influencia, y se ha dicho, lo cual creo, que le prometió interceder con más eficacia para obtener su completo perdón, si obedecía al Santo Padre, y que le manifestó que, sin duda, las puertas de la prisión se le volverían á abrir apenas hubiera entrado por ellas como cristiano sumiso y arrepentido. Gasperoni, dominado, al fin, por el sacerdote y hastiado cada vez más de su vida criminal, consintió, al fin, en entregarse, y sus compañeros, habituados desde largo tiempo á obedecerle, le siguieron alegremente á la cárcel. Desde hace algunos años esperan su indulto; pero me pare-

ce que no se les concederá nunca. Además, el Santo Padre les ha dado lo que les ofreció, y no pasará de ahí, porque se trata de gentes muy peligrosas.

Adelantéme de nuevo hacia Gasperoni, que no había cambiado de posición. No se parecía á ninguno de los bandidos que vemos en los teatros. Tenía el rostro de dulce expresión, las facciones bastante regulares y una sonrisa amable; sus cabellos eran negros y lacios, largos por detrás y negligentemente sujetos por una cinta. Hablaba con bonachonería, con perezosa palabra; era sobrio en ademanes, al revés que sus compatriotas, que los prodigaban; pero cuando una pregunta atrevida le arrancaba una respuesta que no hubiera querido dar, sólo entonces se revelaba su carácter; su rostro tornábase amenazador, su mirada chispeante, su labio convulsivo, su lenguaje vivo, cortado, pintoresco: entonces se reconocía en él al bandido de los cuarenta y cinco asesinatos.

—¿Cuál es vuestro verdadero nombre?—le dije.—Me han asegurado que os llamabais Barbonne.

—Ese es mi apodo en la montaña. Mi verdadero nombre es Antonio Gasperoni.

—Habéis logrado una gran reputación; se habla de vos en Italia como de Catilina, de Espartaco y de otros ilustres compatriotas vuestros que habían declarado la guerra á Roma.

El bandido sonrió al oír estas palabras, que, como se comprenderá, sólo tenían por fin excitarle á hablar, y se inclinó modestamente.

—¿Qué motivo os condujo á abrazar vuestra profesión?

—Una riña que tuve en Nápoles.

—¡Una riña! Eso es muy poca cosa, un motivo muy ligero para romper con la sociedad.

—Sí, pero es que en aquella riña maté á mi enemigo.

—¡Ah! Eso es diferente. ¿Cuánto tiempo habéis ejercido vuestra profesión?

—Diez y siete años.

—¿Habéis recibido heridas?

—Las tengo en todas partes.

—De modo que ¿os habéis batido con frecuencia?

—¡Oh! Sí, con mucha frecuencia.

—¿Contra los soldados del papa?

—Contra los soldados no,—repuso haciendo un gesto de desprecio.—Con los dragones.

—Me han hablado de vuestra aventura en la cabaña de los Carboneros. Os agradecería mucho que me contaseis ese lance.

Un relámpago brilló en sus ojos y su rostro se ensombreció.

—Escuchad,—me dijo.

Toda la cuadrilla nos rodeó para oír el relato de boca su jefe.

—Eran diez y siete,—dijo Gasperoni;—sí, diez y siete eran los carboneros que nos vendieron á los soldados del papa. Yo los creía amigos míos; comíamos y bebíamos tranquilamente en su cabaña, y yo no había puesto centinelas. ¡Fué una gran falta, señor mío! Pero yo siempre había pensado: «—Estos carboneros son buenas gentes». ¡Cuánto me equivocaba! A media noche oigo los pasos de los soldados, que conocía yo desde una legua. «—¡Traición! ¡Traición, compañeros!» grito. Y saltamos sobre



nuestras armas. Los soldados estaban á veinte pasos de la cabaña, eran treinta y nosotros sólo doce; pero nos abrimos paso á tiros. Por mi parte maté cuatro y me hirieron en este brazo: mirad la cicatriz. Los enemigos hubieron de dejarnos pasar; no se apoderaron de ninguno de

los nuestros ni tampoco nos mataron á nadie.

—¡Suerte fué!

—¡Bah! Los soldados son muy malos tiradores. Si hubiesen sido dragones estábamos perdidos. Pero esto no es nada. Oid. Tres días después, por la noche, bajamos de la montaña y conduje á mi gente á la cabaña de los carboneros. Los miserables dormían. Llamo, y gritan desde dentro: «—¿Quién es?» «—Abrid,—respondemos,—abrid á vuestros amigos los soldados.» Un carbonero grita: «—¡No abráis! Es Gasperoni». Yo derribo la puerta de un culata-



zo; entramos echando espumarajos por la boca y los matamos á todos. Me parece que era justo: ¿no es cierto? Debíamos matar á todos aquellos miserables por su traición. Luego conté yo los cadáveres: ¡no había más que catorce! Registro la cabaña, miro por todas partes, ¡nada! Se nos habían escapado tres. Yo echaba chispas y lloraba de rabia. «—¡Oh! ¡Yo los encontraré!» dije á mis compañeros. ¡Hubiera recorrido toda Italia para encontrarlos!

—¿Y lo lograsteis?

—Ya lo veréis. Dos años después entramos á beber en una pequeña choza cerca del mar, donde teníamos conocimiento. Alrededor de una

mesa había varios campesinos; y como tengo buen ojo para descubrir al enemigo, en seguida vi á los tres carboneros, ocultos en un rincón. ¡Ah! ¡Cuán grande fué mi alegría! «—¡Al fin, los tengo!» me dije. Y añadí en voz alta: «—¡Eh! Venid acá vosotros; acercaos, que os veamos la cara. ¿Tenéis miedo?» Los tres cobardes estaban temblando y pálidos. «—¡Mucho tiempo hace que os busco!» continué, riendo como lo hago ahora. Ellos se arrojaron á mis pies pidiendo perdón. Yo hice señas á uno de mis hombres, el encargado de las ejecuciones, y éste les disparó tres pistoletazos á boca de jarro. En cuanto á mí, no derramo sangre más que en el combate. Fuera de él, jamás he matado á nadie, ni siquiera á aquellos miserables carboneros que me habían vendido.

Todos los bandidos hicieron con la cabeza y con la mano una señal de asentimiento, que constituía un certificado de veracidad dado mímicamente á su respetable jefe.

—Sin embargo, por ahí se cuentan muchas cosas de vos,—le dije.

—Sí, sí, ya lo sé. Sin duda, os habrán dicho cien fábulas.

—Por ejemplo: que matasteis á la hija de un inglés que había puesto precio á vuestra cabeza.

—Eso no es cierto,—dijo interrumpiéndome con vivacidad.—¡Nunca he dado muerte á mujeres!

—Pero á veces os las habréis llevado á vuestras montañas.

Esta pregunta le hizo sonreír y adoptó la actitud de un fátuo afortunado que se hace el reservado para que se interprete el silencio en sentido favorable.

—Tal vez echaréis de menos la vida independiente que habéis dejado por voluntad vuestra. Si el Santo Padre os indultase por completo, ¿qué uso haríais de vuestra libertad?

—Viviría como un hombre honrado. Iría á Nápoles y trabajaría.

—Eso os sería muy difícil. Con las costumbres que tenéis...

—No, nada de eso: la vida de las montañas me aburre. La he hecho diez y siete años, pero cuando era joven y la fatiga me resultaba agradable. Ahora ya envejezco, mis heridas me hacen sufrir y necesito descanso.

—¿Responderíais de todos vuestros compañeros?

—¡De todos!

—¿Se encuentra aquí el ejecutor de vuestras altas justicias, el que mataba por orden vuestra?

—Sí, señor: hèle aquí.

Una serpiente que se me hubiera deslizado en

la mano no me hubiese producido más espanto. El repugnante verdugo se hallaba exactamente á mi izquierda y rozando mi brazo. Atento por por completo á las palabras de Gasperoni, no me había fijado hasta entonces en aquel hombre, que no se apartaba nunca de su amo, que velaba y dormía siempre á su lado, en la cárcel como en la montaña, cual si esperase aun en el calabozo alguna irrevocable orden de ejecución. Nada de aspecto más horrible entre todos los seres de la creación: la estupidez del crimen se hallaba retratada en su largo, delgado y pálido rostro; sus ojos estaban recubiertos de la epi-

—Y ¿has dado muerte á muchos, Jerónimo.
—¡Oh! Sí: á todos los que éste me ha dicho: ¡Mata!
—¡Lo que es tú, seguro estás de no obtener la gracia del Santo Padre!

Una ruidosa carcajada de toda la cuadrilla acogió mi reflexión. Jerónimo hizo un ademán de indiferencia y continuó contando los botones de mi traje. Yo me dirigí á los otros.

—Parece,—dije,—que estáis muy alegres y que no os hace adelgazar el régimen de la prisión.

Un bandido de voluminoso vientre, cosa rara



dermis cadavérica del águila; una contracción habitual de falsa sonrisa desfiguraba sus facciones, pero su mirada era fría de puro seria. Mientras yo le examinaba, él consideraba con extraña atención los botones de mi traje, como si no hubiera podido cansarse de contarlos lentamente.

—¿Cómo te llamas?—le dije para distraerle de su singular examen.

Él permaneció encorvado; no se dignó levantar hasta mí su mirada; sus labios no parecieron moverse y sólo su ronco pecho respondió:

—Jerónimo.

—¿Eres tú,—le dije,—quien ejercía de verdugo?

—Sí, señor,—contestó sin dejar de mirar mis botones.

entre bandidos, me respondió que el Santo Padre los alimentaba muy bien.

—Comemos pescado, carne, buenas legumbres,—dijo;—todo cuanto queremos. Tenemos cada uno, por día, un haber de dos *paules* (unas dos pesetas).

—¡Pues sois más felices que la mitad de Italia! ¡Mucho más que todos los mendigos de oficio de los Estados Romanos! ¿Es posible que el pontífice os dé dos *paules* diarios?

—Sí, señor,—repuso Gasperoni.—Y es un acto político del gobierno. Las gentes que hacen nuestro oficio ó que se dediquen á él en lo sucesivo, sabiendo que al constituirse prisioneros comerán bien, dormirán en buenas camas y estarán bien pagados, todo lo cual no se encuentra siempre en la vida de las montañas, se ani-

marán á entregarse cuando estén cansados de recorrer el camino real... Y luego que además tenemos las gratificaciones de los viajeros.

No pude menos de sonreirme al oír aquella indirecta, á la que correspondí como era debido, diciendo al mismo tiempo:



—Vaya, celebro que todos estéis tan satisfechos.

Mi guía me confirmó cuanto se me acababa de decir respecto á la generosidad del papa.

Antes de salir de aquel antro, examiné largo tiempo y detalladamente la banda de Gasperoni. Excepto el jefe y el verdugo, no había en toda ella una sola figura que mereciese los honores del pincel: todos tenían fisonomías tan vulgares; tan prosaicas que se les hubiera tomado por gentes honradas víctimas de un error de la policía pontificia.

Ignoro si aquellos bandidos llevaron jamás el

pintoresco traje que los artistas otorgan á los bandidos napolitanos; su traje de cárcel era el de los trabajadores italianos: pantalones grises, chaquetas oscuras y medias azules, lo cual destruía toda la parte poética de su profesión. No adoptaban tampoco ninguna de esas actitudes pintorescas que se admiran en las litografías: contemplaban, sin la menor expresión reveladora de un recuerdo, el cielo luminoso, la atmósfera romana, el dulce sol de la primavera que doraba las arcadas y se deslizaba, como un amigo de la montaña, bajo la bóveda de la prisión. El mar, que mugía al pie de la ciudadela, no les hacía caer en meditación: parecían indiferentes á todo, pero sin revelar abatimiento, sin emoción visible que indicase esperanza ni desesperación; limitábanse á fumar con la sonrisa en los labios, los brazos cruzados y tranquila la frente.

Tal era la cuadrilla que desoló durante más de quince años las lagunas Pontinas, que hizo temblar á los soldados del Papa, que sostuvo verdaderas batallas contra los dragones y despojó á multitud de esos ingleses ricos, eternos contribuyentes de la vía Apia.

Probablemente habrán muerto ya todos en la ciudadela, esperando el indulto, y con ellos se habrá extinguido la última de las cuadrillas de salteadores.

Sin duda se han visto después algunos casos aislados de merodeadores entre Viterbo y Ronciglione, entre Roma y Terracina, pero no un conjunto organizado de bandidos, con jefe, uniforme y bandera, lo cual es una felicidad para la humanidad que viaja y una desgracia para los artistas. La campiña de Roma sin bandidos es el desierto de Siria sin caravanas.

Así muere por todas partes la pobre poesía, ahogada por la moral y la civilización. Verdad es que todavía nos queda el Oriente: pero ¡ay! los turcos se ponen ya gabanes azules, y el sultán lleva botas de montar y cubre su cabeza con un sombrero de castor fino, fabricado en París.





UN BAZAR EN TÚNEZ

LOGOGRIFO

Tengo sólo cuatro letras,
bastantes, como verás,
para hacer de ellos un naípe
que, en toda baraja está...
si no le falta ninguno,
cosa que suele pasar;
presente de indicativo
de un verbo; cierto animal
peligroso, al que, de fijo,
no te gustará encontrar,
á no estar domesticado
ó impedido de hacer mal;
un pájaro que de varias
maneras puedes guisar;
lo que fué la hispania hacienda
desde tiempo inmemorial,
aunque parece que, ahora,
se va empezando á arreglar;
una prenda que me sienta
casi tan bien como el frac
y que tiene la ventaja
de que más abrigo da,
ó si esta interpretación

no quisieras aceptar,
puedes darle la de prenda
donde quisiera guardar
unos doscientos mil duros,
para lo que sólo, ya,
me falta el dos, pues los cinco
ceros tengo... y hasta más.
Cuanto persona no es,
ni semoviente, es *total*.
¡A ver si, antes de un minuto,
con el *todo* logras dar!

La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior. —

Habría que dar matraca
al lector que, de contado,
no hubiese ya adivinado
que es mi *todo*, la CASACA.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

— POR —

CARLOS MENDOZA

65 cuadernos, que forman 2 tomos, 32'50 pesetas. Encuadernada, 36'50 pesetas

LOS GRANDES CRIMINALES

— POR —

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Dos tomos, en 4.º mayor, 12'50 pesetas. Encuadernada 15 pesetas

CUENTOS

DE TODAS PARTES

ORIGINALES

DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un tomo en atela, 5 pesetas.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bedin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zacccone.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.